

San Cipriano, maestro y ejemplo de los mártires cristianos

RESUMEN

San Cipriano (c.210-258) es uno de los Padres de la Iglesia más destacados en occidente durante las persecuciones del Imperio romano, que destacó por su conversión a la fe cristiana en el año 245, y por su labor pastoral como obispo de Cartago, la sede más importante del Africa Proconsular, así como por sus escritos doctrinales. Lo que en el presente trabajo nos proponemos es tratar de su laboriosa vinculación con el tema del martirio cristiano, tanto por responsabilidad pastoral en cuanto a su excelente y eficaz enseñanza y animosa asistencia a los fieles llamados a perseverar heroicamente en la fe, a los cuales iluminó también con su ejemplar y resplandeciente martirio. Las fuentes principales sobre estos temas son principalmente sus numerosas cartas y el relato contemporáneo de su muerte por decapitación en presencia de los fieles cristianos el 14 de septiembre del año 258.

PALABRAS CLAVES: San Cipriano, fe cristiana, martirio cristiano.

ABSTRACT

Saint Cyprian is one of the most prominent fathers of the Church in the West, during the time of the persecutions of the Roman Empire. He stood out for his conversion to the Christian faith in the year 245, for his work as bishop of Carthage. the most important see in Proconsular Africa, and for his doctrinal writings.

What we propose in the present work is to deal with his laborious connection with the theme of Christian martyrdom. Both for pastoral responsibility and for his excellent and effective teaching and courageous assistance to the faithful who were called to heroically persevere in the faith, to whom he illuminated with, his exemplary and brilliant martyrdom. The main sources on these topics are mainly his numerous letters and the contemporary account of his death by beheading in the prudence of the Christian faithful on September the 14th in 258.

KEYWORDS: Saint Cyprian, the Christian faith in, Christian martyrdom.

LUMINOSA DOCTRINA MARTIRIAL

Si a san Gregorio de Armenia se le designa como «el Iluminador» por haber conducido hacia la luz de la fe de Cristo el pueblo al cual él pertenecía y que fue el primer país que manifestó públicamente su adhesión al cristianismo, al obispo de Cartago Cipriano cabe destacarle por su fúlgida enseñanza y su excelente valoración del don del martirio, del cual él mismo aparecería como un glorioso ejemplo al manifestar su fe ante los jueces y al someterse a su muerte por decapitación padecida ante una muy notable presencia del pueblo y con impresionantes manifestaciones de una fe muy intensa y luminosa.

Lo que me propongo en el presente trabajo es no sólo recordar los acontecimientos de su testimonio supremo, el cual es ya bien conocido y está avalado por datos contemporáneos y de pleno valor histórico, sino que también me ocuparé en recoger las firmes y seguras enseñanzas doctrinales y pastorales sobre el martirio que aparecen en sus obras doctrinales y especialmente en su copioso epistolario. Resulta en verdad muy ilustrativo y revelador cuanto ha realizado este ilustre obispo de Cartago en el plazo de apenas unos diez años de su episcopado, cuyas labores non se limitaron a los territorios del África proconsular y de la Numidia, sino que tuvieron importante resonancia al menos en los países occidentales del Imperio Romano y continuaron ejerciendo después de su muerte un muy notable influjo en toda la Iglesia.

Es preciso reconocer que con anterioridad a la vida y a la conversión al cristianismo de Cipriano ya se manifestaban en la Iglesia una doctrina y una configuración en que el martirio era un elemento de primer orden y que ejercía un notable influjo en la espiritualidad y en el desarrollo de la existencia de los cristianos; pero no cabe duda de que los acontecimientos del tiempo en que Cipriano ejerció su labor episcopal se produjeron unas diversas y especiales situaciones provocadas por los nuevos sistemas de persecución implantados en el Imperio Romano y que implicaron una amplia y compleja significación del martirio en las comunidades eclesiales y en el ánimo de pastores y fieles respecto al martirio.

La conversión de Cipriano a la fe cristiana

Nació Cipriano a principios del siglo tercero en Cartago o en sus alrededores, en el seno de una familia pagana y distinguida. Recibió una esmerada educación dedicándose al estudio del derecho, la literatura y la oratoria, a fin de poder desarrollar la labor por entonces más destacada y socialmente más notable cual era la del foro y la abogacía.

En la conversión de Cipriano sin duda debió influir el progreso constante del cristianismo en África, así como los escritos apologéticos de Tertuliano que se iban conociendo ampliamente, pero el verdadero impulsor y padre en la fe del futuro obispo de Cartago fue sin duda el presbítero Cecilián que le fue descubriendo el contenido de la fe cristiana; por eso él a partir de su bautismo acostumbró añadir a su nombre el de Cecilio. La fecha de su bautismo debió corresponder a la Pascua del año 246.

Al considerar el modo cómo se realizó la conversión de Cipriano y cuál había sido hasta entonces su género de vida en el paganismo hemos de reconocer que su existencia anterior se había caracterizado por su adhesión a las observancias del culto a los ídolos tradicionales del Imperio, a la vez que sus actitudes y costumbres se regían por el modelo general de las personas de su categoría social, de tal modo que hasta cierto punto estuviera marcado por el libertinaje general imperante en la sociedad pagana de su entorno.

Para conocer y valorar debidamente esas realidades y de qué modo tan eficiente transformaron la vida y la personalidad del que pronto llegó a ser excelente y glorioso obispo de Cartago, la primaria sede episcopal del África Proconsular, gozamos de un importante y fidedigno documento, o sea, un breve pero sustancioso tratado escrito por el propio Cipriano y destinado a un amigo suyo llamado Donato, compuesto poco después de recibido el bautismo. Se trata de una labor propia de quien era un literato que con su estilo elegante y usando de términos un tanto rebuscados pone de relieve el lastimoso estado de una civilización refinada en sus origines, pero que se había deslizado hacia las más reprobables costumbres, y que por consiguiente se enfrentaba a un nuevo estilo de vida, lleno de los más sublimes ideales y sólidas virtudes que radicaban en la fe cristiana.

Con sinceridad y espíritu humilde reconoce Cipriano una cierta contaminación de su vida en contacto con la sociedad pagana y corrompida, y por verse liberado de ello tributa una ferviente gratitud por la gracia que ha recibido de Dios. Sin embargo en modo alguno nos encontramos con indicios de que el convertido se hubiera distinguido por una conducta depravada y envilecida que llamara la atención por sus excesos. He aquí cómo humildemente se refiere al estado de postración de su espíritu al considerar con temor las dificultades que se ofrecían a su mente al darse cuenta de que, con su conversión, habría de enfrentarse seriamente a unos malos hábitos adquiridos:

Cuando yacía yo –dice– aún en las tinieblas de una noche oscura, cuando, vacilante, fluctuaba en medio del mar de este mundo agitado e, indeciso, seguía en la senda del error, desconocedor de mi vida y lejos de la verdad y de la luz, creía, ante mis costumbres de entonces, que era muy difícil y duro lo que la misericordia divina me prometía para mi salvación. Esto es: que pudiera renacer de nuevo y que nacido a una vida por el baño del agua salvadora, abandonaba lo que había sido antes y, permaneciendo en unión con el mismo cuerpo, llegara a ser un hombre nuevo en el corazón y en la mente. ¿Cómo es posible, me decía, un cambio tan grande, hasta el punto de que de repente e instantáneamente se libere uno, tanto de lo que por nacimiento llevamos arraigado en nuestra naturaleza carnal, como de lo que creció en nosotros, adquirido por los malos hábitos a lo largo del tiempo? Porque tales cosas se hallan asentadas en nosotros con raíces fuertes y profundas¹.

La *Vita Cypriani* escrita por su discípulo el diácono Poncio, la cual es considerada como uno de las más antiguas muestras biográficas de la literatura hagiográfica cristiana, pone de manifiesto que el mencionado presbítero Cecilián, al cual designa como «hombre justo y de laudable memoria», había conducido al amigo a quien anhelaba llevar hacia la aceptación de la fe cristiana, ya «lo había convertido del error del mundo al conocimiento del verdadero Dios»; pero dándose cuenta o intuyendo que ese amigo se sentía inquieto y apesadumbrado por razón de que las malas costumbres de la vida pagana le dificultaba dar

¹ *Ad Doatum*, 3: PL 4, 198-199; BPa (Ciudad Nueva) 12, 51.

el paso hacia su integración en el cristianismo, le recomendó que se dedicara a la lectura de los libros de la divina revelación y en especial de los evangelios. Este consejo dio un espléndido resultado, del cual nos da testimonio el propio Cipriano en su escrito titulado *Ad Donatum*, donde dice:

Mas, toda mancha de mi vida anterior fue lavada con el agua de la regeneración y en mi corazón, limpio y puro, fue infundida la luz de lo alto. Con la infusión del Espíritu Santo, el segundo nacimiento me convirtió en un hombre nuevo e inmediatamente, de modo maravilloso, se desvanecieron mis dudas. Se hizo patente lo misterioso, se hizo claro lo oscuro, se hizo fácil lo que antes parecía difícil, se pudo realizar lo que antes se creía imposible. Y pude comprender entonces que era terreno el que, nacido de la carne, vivía sujeto a los pecados, pero que empezaba a ser de Dios este mismo, a quien vivificaba ya el Espíritu Santo².

Que el itinerario seguido por Cipriano hasta asociarse definitiva y responsablemente a la Iglesia de Jesucristo fue progresivo y de una hondura sapiencial y generosa nos lo certifica el hecho de que, según atestigua Poncio ya antes de recibir el bautismo Cipriano hizo voto de vivir en continencia y que distribuyó gran parte de sus bienes a los pobres³.

Cipriano, obispo de Cartago

La conversión de Cipriano fue considerada como un suceso lamentable y bochornoso dentro de la sociedad pagana, ilustrada y brillante, en la que había destacado este hombre de familia distinguida, y famoso por su elocuencia y su notablemente insertado en las labores jurídicas del foro. Su inserción en la vida pública y su conocimiento de las costumbres y laceras que afectaban a sus conciudadanos y al dilatado conjunto del imperio romano quedan bien patentes en las detalladas descripciones que hace en su mencionado escrito dirigido a Donato,

² *Ad Donatum*, 4: PL 4, 200-201; BPa 12, 52.

³ LEBRETON, G., «Gli scrittori cristiani d'Africa», en *Storia della Chiesa*, Torino (1959) 245.

donde va desarrollando el modo de vida la actuación que se llevaba los espectáculos de gladiadores, en los teatros, en el foro e incluso en la vida privada, todo lo cual viene a ser una valiosa información histórica.

Resulta evidente, además, que para los ya numerosos cristiano del África Proconsular la conversión sincera y claramente manifestada de Cipriano, atendidas las circunstancias de la relevante posición de la familia y del prestigio que su labor y cualidades le reportaban, recibieron exultación el hecho de su afiliación a la Iglesia, precisamente en la ciudad que ocupaba el primer puesto en el África intensamente romanizada. Esto explica que muy poco después de su conversión fuera ordenado presbítero y que a fines del año 248 o a principios del siguiente, a pesar de la oposición de unos pocos llevados de la *envidía* o de su egoísmo, fuera elegido obispo de Cartago con un claro apoyo de los electores y un general aplauso de toda la comunidad cristiana. Una clara referencia a estas circunstancias de su elevación al episcopado aparece en una carta del santo dirigida al papa Cornelio después de la pascua del año 252⁴.

La persecución del emperador Decio

En el transcurso del siglo tercero el cristianismo se vio sometido a unos cambios y experiencias muy notables. Dejó de ser un elemento minoritario dentro del Imperio siendo desde entonces observado los ciudadanos y sus autoridades como un factor que a muchos les parecía peligroso al apartarse del modo de vida característico de la sociedad romana y que se iba extendiendo con dinamismo. Todo ello dio lugar a que la persecución contra los cristianos dejara de ser circunstancial y limitada a individuos o grupos determinados y diera lugar a leyes generales que afectaban a todos los súbditos del poder imperial romano.

Al iniciar su mandato un nuevo emperador de origen militar llamado Decio, en el año 250, dio una disposición adoptando una nueva táctica de modo que afectaría a todos los cristianos. Dispuso, en efecto, que en una fecha determinada todos los habitantes prestaran un acto

⁴ *Cartas de san Cipriano*, 59, 6: Edición de la Biblioteca Clásica Gredos, 255, Madrid 1998, p. 263.

de culto a los dioses tradicionales de Roma, de lo cual debería extenderse una certificación escrita para cada individuo o familia.

Los cristianos, cogidos por sorpresa en esta trampa, reaccionaron de diversos modos. Unos sintiéndose amedrentados practicaron un sacrificio habitual ante un ídolo (*sacrificati*), otros depositaron en el fuego un grano de incienso (*thurificati*), y muchos se proveyeron de un certificado de que habían practicado el cuto idolátrico, sin que de hecho lo hubieran efectuado (*libellatici*). Otros cristianos se libraron mediante la huida de sus residencias habituales o escondiéndose en los campos, y no pocos fieles fueron por de pronto encarcelados o torturados, puesto que las ejecuciones de muerte se hacían espaciadamente y en público a fin de infundir terror. Estos acontecimientos, como veremos, tuvieron especial repercusión en la persona y el ministerio de Cipriano, el obispo de Cartago.

Actitud de Cipriano ante la persecución

El recién ordenado obispo de Cartago comprobó que los cristianos durante el tiempo en que habían gozado de una relativa seguridad por haber disminuido la violencia de las persecuciones, se habían relajado en el seguimiento de los ideales y vivencias del cristianismo, y ello no sólo aparecía en la conducta de los simples fieles, sino también en los ministros sagrados e, incluso entre los obispos se daban casos de desinterés y afán de lucro de manera que había quienes se ocupaban en actividades mercantiles. Los enfrentamientos y falta de unión era una de las lacras más deplorables⁵. En una de sus primeras cartas hace referencia a una visión recibida de parte de Dior anunciado una futura prueba a la que se verían sometidos los cristianos a causa de su dejadez y desidia espiritual, en la que se expresa con estas severas palabras:

Ahora bien, igualmente ha sido mostrado que un padre de familia se sentaba teniendo sentado a su derecha un joven algo triste, con inquietud y con cierta indignación, se estaba en su asiento con la mano en la mejilla y con la tristeza pintada en el rostro. Otro a su vez, de pie en la parte izquierda, llevaba una red, y amenazaba lanzarla a fin de capturar a la gente circunstante. Y como el que lo vio se preguntó:

⁵ Véase su tratado *De lapsis*, 6.

tase maravillado qué podía significar esto, se le dijo que el joven que estaba a la derecha, se entristecía y dolía porque no se observaban sus preceptos; que, al contrario, el de la izquierda disfrutaba, porque se le daba ocasión de obtener del padre de familia permiso para mostrarse cruel. Esto se manifestó mucho antes de que estallase esta tempestad devoradora. Y vemos cumplido lo que había sido mostrado, de modo que, en tanto que menospreciamos los preceptos del Señor, mientras no cumplimos las prescripciones saludables de la ley que se nos dio, el enemigo ha obtenido el permiso de hacer daño, de echar la red y prender en ella a los menos armados y menos prevenidos para rechazarlo⁶.

Queda patente el significado de la visión: el padre de familia representa al Padre celestial, el joven sentado y triste es Cristo, el Hijo de Dios, y el que está dispuesto a lanzar la red para capturar a muchos es el Maligno al que se le permite poner por obra su designio, dado que Dios no quiere el mal pero permite lo que ha de servir como prueba, de acuerdo con su admirable e inescrutable providencia. Que el receptor de la visión fuera el propio Cipriano va de acuerdo con otros casos de visiones que recibió de lo alto.

En su obra *De lapsis* el obispo Cipriano describe escenas de pánico y lamentables actitudes de apostasía que tuvieron lugar en Cartago en aquel día destinado a prestar actos de culto a los ídolos:

Hubo quienes para apostatar no aguardaron el día en que serían arrestados o interrogados, sino que por sí mismos acudieron al Capitolio. Fueron vencidos antes de combatir, abatidos antes del asalto; muchos ni siquiera dieron como excusa de verse constreñidos a sacrificar. Corrían espontáneamente al foro, se apresuraban hacia la muerte [de su fe], como si se les ofreciera una ocasión que hubiesen estado deseando desde tiempo atrás. No pocos, dado lo avanzado de la hora, fueron dejados para el día siguiente por orden de los magistrados, y hubo quienes isuplicaron que no se les retardara aquella muerte! Y muchos no se contentaron con buscarse la muerte a sí mismos, sino que, mutuamente se ofrecía darde a otros la copa mortal. Y para colmo de la culpa se vio a niños llevados o arrastrados por sus padres a

⁶ *Cartas de san Cipriano*, 11, 4: Biblioteca Clásica Gredos, 255, cit., pp. 88-89.

perder ya en su corta edad aquello que había recibido desde el umbral de la vida⁷.

No faltaron, sin embargo, numerosos fieles que, con el auxilio de la divina gracia y bajo la asistencia espiritual de sus pastores se mantuvieron firmes en la fe y manifestaron con sus sufrimiento o con el martirio, tal como se confirma en las cartas del obispo de Cartago y en las actas martiriales. En vistas a esta compleja situación religiosa y pastoral, san Cipriano tomó las decisiones que le parecieron más oportunas y responsables, no solo durante la persecución violenta, sino también respecto de las consecuencias que se derivaron en el conjunto de las iglesias cristianas dentro del Imperio romano.

Las contrapuestas actitudes de los cristianos frente a la persecución del emperador Decio provocaron enfrentamiento y ambigüedades dentro de las iglesias y en las relaciones mutuas entre diversas comunidades, resultando especialmente corrosivas en Roma y en Cartago, ya que en ellas los enfrentamientos que adquirieron un carácter de naturaleza herética o cismática, produciendo unas divisiones que por entonces fueron muy perturbadoras y nocivas.

En Roma ya al inicio de la persecución murió mártir el papa san Fabián el 20 de enero del año 250, y a consecuencia de ello durante quince meses permaneció vacante la sede pontificia, lo cual propició una cierta fluctuación de opiniones y notables desacuerdos. En Cartago Cipriano se dio cuenta del peligro en que él se hallaba de ser detenido, y considerando cuán peligrosa sería para los fieles la situación de quedar sin pastor, decidió salir de la ciudad y esconderse en un lugar más seguro, quizás protegido por antiguas amistades. No dejó, sin embargo, de atender a su deber pastoral, puesto que dejó como representante suyo a un prestigioso presbítero llamado Rogaciano, y posteriormente propició que dos obispos también fueran prestando atención a los fieles en la la populosa ciudad de Cartago. Además, él, como buen pastor, escribía con frecuencia cartas orientadoras para los ministros y fieles de su diócesis.

En una carta del clero de Roma al de Cartago originada por las intrigas de quienes ya se habían opuesto a la elección episcopal de

⁷ *De lapsis*, caps. 8-9.

Cipriano como obispo de Cartago, después de aludir a que el obispo hubiera tomado la decisión de fuga, decían: «No queremos, por tanto hermanos dilectísimos, que aparezcáis como mercenarios, sino como buenos pastores, pues no ignoráis el grave peligro que hay, si no exhortáis a nuestros hermanos a mantenerse incommovibles en la fe, no sea que, al caer en la idolatría, se destruya profundamente la comunidad de hermanos»⁸. A fin de obviar esas malas interpretaciones de proceder dirigió a los presbíteros y diáconos de Roma una valiosa información, donde, entre otras cosas, les expone las razones de su fuga, diciéndoles:

Como he sabido, carísimos hermanos, que se os ha referido con poca franqueza y fidelidad todo lo que aquí he hecho y sigo haciendo, he creído necesario dirigiros esta carta, para daros con ella cuenta de mis actos, de mi disciplina y de mi diligencia. Pues bien, como os enseñan los mandamientos del Señor, apenas surgido el primer ataque de la persecución, habiéndomelo reclamado el pueblo con insistencia a grandes voces, me escondí de momento, pensando no tanto en mi seguridad cuanto, en la calma pública de los hermanos, no fuese que con mi presencia inoportuna se encendiera más el alboroto que había empezado. Pero, aunque ausente corporalmente, no he faltado ni espiritualmente ni con mi actuación ni con mis avisos, con el fin de atender a nuestros hermanos, en lo que podía con mi poquedad conforme a lo mandado por el Señor⁹.

En octubre del año 251, el emperador Decio en batalla contra los godos fue derrotado y asesinado y a continuación en poco tiempo le siguieron unos emperadores de muy breve duración. Estos acontecimientos de batallas y poca estabilidad política influyeron probablemente en que la persecución contra los cristianos fue languideciendo notablemente, lo cual propició que Cipriano pudiera ya regresar a su sede en Cartago en la primavera del mismo año 251.

No le faltaron ciertamente al obispo laboriosos asuntos, como las consecuencias de la persecución respecto de cómo habían de ser tratados quienes habían caído en apostasía con las diversas actitudes que

⁸ *Cartas de san Cipriano, cit.*, Carta 8, 2: pp. 76-77.

⁹ *Ibíd.*, Carta 20, 1, 1-2, pp. 117-118.

había tenido y pedían la absolución para reincorporarse a la vida de la Iglesia. Otros penosos acontecimientos y problemas acompañaron la labor pastoral del santo. Hubo, en efecto, una grave epidemia que entre los años 252 y 254 se propagó en Cartago diezmando su población; también se produjeron varios cismas y fluctuaciones respecto de los lapsos y herejías diversas junto con opiniones contrapuestas acerca de la validez del bautismo administrado por los herejes. Cipriano se ocupó de tales asuntos interviniendo en problemas eclesiales que se producían fuera del África, incluso en España y en la misma Roma.

Han permanecido y siguen teniendo gran valor diversos tratados y otros escritos de san Cipriano, como son, además de sus cartas, *La unidad de la Iglesia*, *La oración dominical*, *Exhortación al martirio*, *De habitu virginum*, *De lapsis*, *De mortalitate*, *De bono patientiae*. A continuación, lo que me propongo destacar, a partir del conjunto de sus escritos y especialmente de sus cartas, es lo que hace referencia al don sobrenatural y espiritualmente fecundo en la Iglesia, que es el martirio cristiano, sobre el cual nuestro santo obispo de Cartago decía: «¡Oh bienaventurada Iglesia nuestra, a la que así ilumina el esplendor de la bondad divina, a la que da lustre en nuestros tiempos la sangre gloriosa de los mártires! Antes se mostraba blanca en las obras de los hermanos; ahora se ha hecho purpúrea con la sangre de los mártires. No faltan entre sus flores ni los lirios ni las rosas»¹⁰.

Los acontecimientos históricos de las persecuciones contra los cristianos representan ciertamente un motivo de gloria y esplendor de la fe, pero no están exentas de lamentables episodios de defecciones y cobardías que entrustecieron a la Iglesia, si bien, gracias a la misericordia divina dieron lugar a frutos de humildad y de penitencia de lo lapsos que se arrepintieron dado lugar a su reincorporación a la comunidad cristiana bajo la guía de obispos celosos y comprensivos.

La cuestión de los lapsos, sin embargo, acarreó no pocas controversias en el seno de la Iglesia, a la vez que fue configurando su disciplina penitencial. La absolución de los pecados más graves se impartía en la Iglesia después de practicar actos de penitencia durante un tiempo proporcionado a la gravedad de la culpa. Mucos obispos pensaban

¹⁰ *Ibid.*, Carta 10, 5, 2, p. 85.

que facilitar enseguida la absolución a los lapsos implicaría el peligro de inducir a los fieles a flaquear en vez de dar el debido testimonio de fidelidad a Cristo. Cipriano se mostró más comprensivo con los libeláticos, pero al fin también concedería la absolución a los que habían practicado actos positivos de idolatría si se hallaban en peligro de muerte o en caso de presentarse otra ocasión persecutoria, para lo cual debían fortalecerse con la recepción de la eucaristía.

Toda esta enseñanza, a la vez que preciosos testimonios acerca de los sufrimientos de los mártires y testigos de la fe, aparecen en los libros y en las cartas de este fervoroso obispo de Cartago, y sobre todo en su fecundo y glorioso martirio.

El testimonio de fe en medio de las penas de las cárceles

Para comprender cuán penosa era la condición de los encarcelados, hay que considerar que las cárceles del Imperio romano no estaban destinadas a una pena de reclusión que fuera en sí misma el castigo de unas culpas, sino que se destinaban al tiempo que habían de transcurrir los castigados hasta el cumplimiento de las sentencias, de muerte, de pago de una multa o de ser desterrados. Para los cristianos solían ser además lugares de tormentos a fin de que flaquearan en su firmeza y ofrecieran culto a los ídolos.

Las condiciones de vida en estos lugares eran ciertamente muy penosas. Alguna de estas prisiones como el *Trullianum* o la cárcel *Martina* en Roma, que aún pueden verse consistían en dos ambientes abovedados dispuestos el uno sobre el otro, de tal manera que al inferior se accedía desde un orificio situado en el suelo del espacio superior. No había en estas prisiones condición alguna de ventilación e higiene. De las mismas características era en Cartago, la cárcel en la que permanecieron en tinieblas los mártires Perpetua y Felicidad. Era muy frecuente el estar encadenados o inmovilizados con cepos a fin evitar cualquier posibilidad de fuga.

Si algún favor se podía conseguir en estas penosas circunstancias era debido a la aquiescencia de los carceleros, especialmente si familiares y amigos de los detenidos les ofrecían algunas propinas, de modo que pudieran llevar a los prisioneros comida o alguna lucerna, visi-

tarles, prestarles algunos servicios, llevarles cartas e incluso a veces celebrar la fe y recibir la eucaristía¹¹. A través de las cartas de san Cipriano conocemos otras muchas circunstancias sobre los encarcelados en Cartago durante las persecuciones de los emperadores Decio y Valeriano. Impresionantes son las fervientes y calurosas frases que dirige a los confesores de la fe detenidos en prisión, a quienes entre otras consoladoras palabras sobre la presencia salvadora de Cristo junto a ellos, exclama:

¡Oh dichosa cárcel que se ha iluminado con vuestra presencia! ¡Oh dichosa cárcel que envía al cielo hombres de Dios! ¡Oh tinieblas, más resplandecientes que el mismo sol y más claras que esta luz del mundo, en donde ahora están levantados los templos de Dios y vuestros miembros santificados por las confesiones de su divino nombre! ¹²

Se daba el caso que algunos morían en las cárceles incluso sin haber sido atormentados con la aplicación de especiales instrumentos de tortura. La reclusión misma y la dureza singular de las prisiones debían considerarse como la causa de la muerte y por tanto esos fallecidos en la cárcel debían ser considerados y venerados como mártires. Así lo expone Cipriano a los presbíteros y diáconos, diciendo:

Póngase también mucho interés y un gran cuidado en los cuerpos de todos los que, a pesar de no haber sido torturados, con una muerte gloriosa acaban en la cárcel. Por cuanto ni su valor ni su gloria son tan pequeños que no puedan también ellos ser incluidos entre los mártires bienaventurados. En cuanto a ellos, sufrieron todo aquello que estaban dispuestos y decididos a padecer. Quien bajo la mirada de Dios se ofreció a los tormentos y a la muerte, sufrió cuanto en su voluntad aceptó padecer. Porque ni fue él mismo quien les falló a los tormentos, sino los tormentos los que le fallaron a él. *A quien me confesare ante los hombres, también yo lo confesaré delante de mi Padre* (Mt 10,32, dice el Señor; ellos han confesado. *El que resistiere hasta el fin, éste se salvará* (Mt 10,22), añade el Señor; ellos resistieron y conservaron hasta el fin

¹¹ HERTLING, L., y KIRSCHBAUM, E., *Le catacombe romane e i loro martiri*, Pontificia Università Gregoriana, Roma 1949, pp. 142-143.

¹² *Cartas de san Cipriano, cit.*, Carta 6, 1, 2: p. 70.

íntegros e inmaculados los merecimientos de sus virtudes. Y está también escrito: *Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (Ap 2,10)*: ellos permanecieron fieles hasta la muerte, constantes e invencibles. Cuando se añade a nuestro deseo y a nuestra confesión la muerte en la cárcel y entre cadenas, se ha consumado la gloria del martirio. Finalmente, anotad también los días en que mueren, para que podamos celebrar su conmemoración entre los mártires¹³.

Cipriano fue también conocedor de los sufrimientos de los mártires romanos a través de un joven africano llamado Celerino, el cual estuvo preso en una cárcel romana donde dio valeroso testimonio de fidelidad en medio de las penas que sufrió y que fue liberado de la prisión quizá por su condición de africano que le desvinculaba de su dependencia de la jurisdicción romana. No tenía aún veinte años y pertenecía a una familia marcada por el martirio de su abuela Celerina que había muerto mártir. Él se encontraba en Roma no sabemos por qué motivo, y durante la persecución de Decio y fue encarcelado por negarse a prestar sacrificio a los ídolos. En atención a su fidelidad el santo obispo de Cartago le constituyó lector en la iglesia y esperaba poderle ordenar presbítero cuando llegase a la edad conveniente¹⁴. Muy intensos había sido los sufrimientos de Celerino antes de su excarcelación. Había sido llevado a la presencia del propio emperador, sin conseguir su apostasía sacrificando a los ídolos, que era lo que Decio con más empeño pretendía, por lo cual Celerino fue sujetado con cepos y permaneció 19 días con sus noches inmovilizado, permaneciendo siempre firme a su condición de testigo de la fe cristiana¹⁵.

En el epistolario de san Cipriano aparece una carta de Luciano a Celerino, ambos confesores de la fe. Luciano junto con otros muchos estaba encarcelado y le refiere con detalle algunos de los sufrimientos que padecían. He aquí algunos datos bien reveladores de sus padecimientos:

¹³ *Ibid.*, Carta 12, 1, 2, 3-2, 1, pp. 93-94.

¹⁴ *Ibid.*, Cartas 38 y 39.

¹⁵ HERTLING, H., y KIRSCHBAUM, E., *Le catacombe romane, cit.*, pp. 143-144.

...cuando en cumplimiento de la sentencia del emperador fuimos condenados a morir de hambre y de sed; y fuimos encerrados en dos celdas, de tal manera que no se conseguía nada por el hambre y la sed; pero el calor debido a lo apretados que estábamos en nuestro tormento era tan intolerable que nadie podía soportarlo. [Después menciona a numerosos mártires que murieron de hambre en la cárcel y añade]: entre ellos nos contaréis también dentro de unos cuantos días. En efecto, hace ya ocho días desde que te escribí que hemos sido encerrados nuevamente. Y, durante cinco días de los ocho, hemos recibido una porción de pan insignificante y el agua racionada¹⁶.

El obispo Cipriano no dejaba de prestar alivio en cuanto a las necesidades de consuelo e incluso de asistencia y alimentación de los detenidos y en ocasiones condenados a trabajos forzados en las minas. En carta a Nemesiano, a Féix y a otros que eran compañeros en el sacerdocio, diáconos y fieles condenados a las minas y atormentados de muchas maneras, los anima y consuela con ardientes palabras de fe y con el envío de subsidios materiales. He aquí algunas de sus paternales expresiones de aliento:

Sin duda vuestra gloria requería, hermanos muy dichosos y muy queridos, que fuese yo mismo a veros y abrazaros, si no me lo impidiesen los límites de este lugar señalado, confinado como estoy también por la confesión del nombre de Cristo [...] ¿Me sería posible callar y ahogar mi voz en el silencio cuando conozco tantas y tan gloriosas circunstancias con las que se ha dignado honraros la bondad divina, queridísimos, de modo que una parte de vosotros ya se ha adelantado, consumando el martirio, a recibir del Señor la corona de sus méritos, y otra parte permanece aún encerrada en la cárcel o encadenada en las minas, dando mayor ejemplo con la misma espera de sus torturas, para comunicar fortaleza y valentía a sus hermanos, aprovechando la misma lentitud de los tormentos para obtener mayores títulos de méritos, pues van a recibir tantas recompensas de premios celestiales como son los días que ahora se pasan entre penas? [...] Han puesto también grilletes a vuestros pies y han atado vuestros miembros dichosos, templos de Dios, con infamantes cadenas como si junto con el cuerpo se

¹⁶ *Cartas de san Cipriano, cit.*, Carta 22, 2, 1; 2, 1, 2, pp. 125-126.

atase el espíritu o vuestro oro se pudiera manchar con el contacto del hierro. Son condecoraciones, no ataduras, para los hombres que se han consagrado a Dios y dan testimonio de su fe con fortaleza religiosa, y no atan los pies de los cristianos para su deshonra, sino que les dan gloria y los coronan. ¡Oh pies felizmente atados que serán desatados no por un herrero sino por el Señor! ¹⁷

Al obispo Cipriano le agradecen con una expresiva aunque breve carta, pues no estarían en condiciones de escribir detenidamente, los detenidos en Sigus, aldea de Numidia, donde radicaban las minas en las que tan intensamente padecían esos prisioneros tan mal tratados y destinados al martirio. Así es su respuesta:

Félix, Yadero, Poliano junto con los presbíteros y todos los que están con nosotros en las minas de Sigus. Al amadísimo y carísimo Cipriano, salud eterna en Dios. Fuertes y con salud gracias a tus oraciones, hermano queridísimo, respondemos a tu saludo por medio del subdiácono Herediano y de nuestros hermanos Lucano y Máximo. Hemos recibido de éstos la ayuda económica y la carta que nos enviaste, en la que te dignaste confortarnos como a hijos con palabras del cielo. Y hemos dado gracias a Dios Padre omnipotente por medio de su Cristo y las seguimos dando porque tus exhortaciones nos han comunicado valor y ánimo, invocando tus buenos sentimientos para que te dignes tenernos presentes en tus continuas oraciones para que el Señor complete la confesión tuya y nuestra, con que se dignó favorecernos ¹⁸.

Estas dos últimas cartas sin duda deben corresponder al otoño del año 257 cuando ya se había suscitado la persecución del emperador Valeriano y Cipriano por orden del procónsul Aspasio Paterno había sido confinado a un pequeño pueblo de la costa llamado Cúrubis, donde él se estaba ya preparando espiritualmente para el supremo testimonio de su martirio, lo cual se intuye ya en diversos datos que aparecen en la redacción de estas cartas

¹⁷ *Ibid.*, Carta 76, 1,1-3: 2, 1-3, pp. 415-417.

¹⁸ *Ibid.*, Carta 79, 1, 1-2, 425-426.

Ferviente espiritualidad martirial en san Ciprinano

Encontramos tanto en la vida como en los libros y cartas de san Cipriano un muy copioso acervo de doctrina y de una maravillosa vivencia y un elogioso aprecio del don del martirio, destacándose en primer lugar las motivaciones e impulsos que llevan a los fieles cristianos a dar el supremo testimonio de fe al entregar su vida para alabanza y gloria del Señor que le ha llamado a su seguimiento y como buen pastor les conduce hacia el encuentro con él. En una carta que dirigen a Cipriano, el presbítero Moisés, junto con otros confesores de la fe, agradeciendo sus enseñanzas sobre el seguimiento de Cristo ante las pruebas martiriales le dicen:

Pues ¿qué mayor gloria, o que mayor felicidad podría acontecerle a un hombre por concesión divina que, en medio de los mismos verdugos, confesar impertérrito al Señor Dios; entre los diversos y refinados tormentos ordenados por la cruel autoridad de este siglo, incluso con el cuerpo dislocado, torturado o desgarrado, confesar a Cristo, hijo de Dios, con el espíritu a punto de apagarse, pero libre; una vez abandonado el mundo, dirigirse al cielo; dejando a los hombres, morar entre los ángeles; rotos todos los lazos de este siglo, sentirse ya libre en la presencia de Dios; retener el reino del cielo sin temor alguno; haberse hecho partícipe de la pasión con Cristo en nombre de Cristo¹⁹.

El obispo Cipriano, contestando a esta carta de Moisés y otros confesores de la fe, Moisés y sus compañeros, les conforta y alaba por su fidelidad, suplicándoles que recen a su vez por él ya que confía en el valor de las oraciones de quienes siguen con tanta fidelidad a Cristo y les dice:

Porque ¿hay algo que pidáis a la misericordia del Señor y no merezcáis alcanzarlo?; vosotros que habéis cumplido de este modo los mandamientos del Señor, que defendisteis la enseñanza del evangelio con el vigor de una fe sincera, que permaneciendo firmes con el inmarcesible honor de la virtud, al lado de los preceptos del Señor y al lado de sus apóstoles, consolidasteis la fe vacilante de muchos en la veracidad

¹⁹ *Ibid.*, Carta 31, 3, 1, pp. 149-150.

de vuestro martirio. Vosotros, testigos verdaderos del evangelio, mártires auténticos de Cristo y en Cristo arraigados, cimentados sobre la dura roca, entremezclasteis la disciplina con el valor, llamasteis hacia el temor de Dios a los demás, hicisteis un ejemplo de vuestro martirio. Os deseo, valerosísimos y muy dichosos hermanos, que sigáis bien y que os acordéis de nosotros²⁰.

En Cristo, nuestro salvador, que entregó su vida muriendo en la cruz se halla el más eficaz estímulo para que el cristiano afronte con valentía y gratitud la muerte gloriosa del martirio ante la augusta mirada de Dios e imitado a Cristo, hijo unigénito del Padre que dio su vida para hacernos hijos de Dios. Ante la inminente llegada de la persecución de Cipriano, que está ya a la espera de su propio martirio anima a los fieles de Tibaris para que se dispongan al combate con fe y valor, y con la esperanza en el cielo que será recompensa del martirio:

¡Qué cosa tan grave es que un esclavo que lleva el nombre de cristiano se niegue a padecer cuando su Señor padeció primero, y que nosotros no queramos padecer por nuestros pecados cuando él, que no los tenía propios, padeció por nosotros! El Hijo de Dios padeció para hacernos hijos de Dios y el hijo del hombre no quiere padecer para continuar siendo hijo de Dios! Si sufrimos el odio del mundo, primero lo sufrió Cristo; si en este mundo padecemos injurias, exilios y tormentos, penas mayores sufrió el creador y Señor del mundo, que también nos advierte con estas palabras: «Si el mundo os odia», dice, «recordad que primero me odió a mí. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo, pero como no sois del mundo y yo os he elegido y os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de lo que os he dicho. El siervo no es más que su Señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (*Jn 15,18-20*). Dios nuestro Señor hizo todo cuanto enseñó a fin de que el discípulo que el discípulo que aprende las lecciones y no las practica no puede alegar ninguna excusa²¹.

Resulta evidente que la palabra «mundo», que en el texto latino del evangelio de san Juan corresponde a *mundum* y en la carta de san

²⁰ *Ibid.*, Carta 37, 4,2, pp. 169-170.

²¹ *Ibid.*, Carta 58, 6, 3, pp. 251-252.

Cipriano, como *saeculum* no hacen referencia al mundo como criatura de Dios, sino que según una muy general tradición cristiana tiene el significado de la humanidad que se aparte de Dios y rechaza sus enseñanzas. Junto a motivaciones del amor y la fidelidad a Cristo que impulsaban a los mártires y confesores de la fe, presenta también el obispo y mártir Cipriano la consideración de la inmortalidad en la gloria eterna, pensamiento que el santo desarrolla frecuentemente en sus escritos y especialmente en sus cartas dirigidas a los detenidos y acosados ministros y fieles cristianos. En la que envió a Rogaciano y otros confesores, probablemente redactada en el año 257, cuando ya él mismo estaba confinado en la población de Cúrubis por orden del procónsul Aspasio Paterno. Entre otras consideraciones de fe y esperanza les recuerda el premio de la inmortalidad gloriosa:

Ninguna otra cosa ocupe ahora vuestros corazones y vuestras almas más que los preceptos divinos y los avisos del cielo, con los cuales nos ha impulsado siempre el Espíritu Santo para aguantar los tormentos del martirio. Qu nadie piense en la muerte sino en la inmortalidad, ni en los dolores temporales sino en la gloria eterna, porque está escrito: «Es preciosa delante de Dios la muerte de sus justos» (*Sal 115,15*). Y en otro lugar: «El sacrificio que Dios quiere es un espíritu atribulado; Dios no desprecia el corazón afligido y humillado» (*Sal 50,19*). Y todavía en otro lugar, en donde la divina Escritura habla de los tormentos que consagran a los mártires de Dios y les santifican con la misma prueba de los padecimientos, dice: «Aunque han sido atormentados a la vista de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Y maltratados en poca cosa, serán colmados de gran dicha, porque Dios los probó y los encontró dignos de sí. Los probó como el oro en el crisol y los aceptó como víctima de holocausto. Y a su tiempo se ocupará de ellos. Juzgarán a las naciones y dominarán sobre los pueblos. Y su Señor dominará por siempre (*Sb 3,4-8*)²².

Por si algunos se sintieran afligidos ante los destrozos, amputaciones y desfiguraciones en los cuerpos y en las semblanzas de los mártires, a causa de los horrores sufridos, Cipriano, apoyándose en los misterios de la resurrección del Señor y de sus santos, les decía: «La

²² *Ibid.*, Carta 6, 2, 1-2, pp. 70-71.

alegre primavera con sus rosas y su corona de flores ha sucedido al invierno, pero a vosotros os rodeaban las rosas y las flores de los jardines del paraíso, y coronaban vuestra cabeza las guirnaldas del cielo. Mirad el estío cargado con la abundancia de sus meses y la era repleta de frutos»²³.

La intensa y ferviente pasión de mártires y confesores

La intención del decreto imperial de Decio que obligaba a todos los súbditos del Imperio a prestar un acto de culto a las divinidades tradicionales tenía la intención de que así los cristianos ante el temor de su condena a muerte apostataran de su fe, con lo cual no sería preciso hacer un gran exterminio de ellos ya muy numerosos y extendidos. Los cristianos, como cogidos por sorpresa y atemorizados, reaccionaron de formas diferentes. Como ya hemos visto, no fueron pocos los que atemorizados practicaron, aunque de mala gana, el acto de culto pagano requerido o lograron proveerse de un documento que así lo atestiguaba, aunque sin haber realizado dicho acto de idolatría.

Otros, en cambio, emprendieron una peligrosa fuga abandonando sus casas y propiedades que eran confiscadas, o bien se escondieron o permanecieron sin más en sus domicilios quedando expuestos a ser detenidos en cárceles y sometidos a tormentos o a morir. La muerte del emperador Decio hizo que la persecución se fuera aplacando, pero en diversos lugares se fueran dando ejemplos de cristianos, y especialmente clérigos que dieron preciosos testimonios como mártires o confesores de la fe.

Acerca de los mártires de esta persecución y de sus consecuencias en la vida de la Iglesia se encuentran numerosos testimonios en el epistolario de san Cipriano, el cual solamente por el bien de la Iglesia se había decidido a ocultarse, pero que desde su refugio estuvo muy atento al cuidado pastoral de sus fieles y especialmente de los que más directamente sufrían la persecución y con gran fortaleza se mantenían espiritualmente vinculados a Cristo y a la Iglesia. Cipriano, en carta a los presbíteros Moisés y Máximo junto con otros confesores de la fe,

²³ *Ibid.*, Carta 37, 2, 2, p. 168.

fe, hace referencia a esta firmeza y valentía que ellos y otros muchos estaban demostrando al ser cruelmente atormentados y presentían la muerte martirial que les aguardaba:

Estoy orgulloso de vosotros queridísimos hermanos –les decía– muy valerosos y fidelísimos, y así como felicito a los mártires que aquí han sido honrados por la gloria de su valor, así también os felicito a vosotros por la corona que merece vuestra fidelidad a la disciplina del Señor. El Señor ha derramado su gracia con generosidad multiforme, ha distribuido con abundante variedad méritos y glorias espirituales entre sus fieles soldados. También nosotros participamos de vuestro honor, consideramos nuestra vuestra gloria, nuestros tiempos han sido iluminados con una inmensa dicha, la de poder ver en vida a los sier-vos de Dios probados y a los soldados de Cristo coronados. Os deseo, muy valerosos y fidelísimos hermanos, que sigáis bien, y que os acor-déis de mí²⁴.

El obispo Caldonio, al cual Cipriano había encomendado que, junto con otros, cuidara de la iglesia de Cartago durante su ausencia forzosa, le comunicaba noticias sobre lo que estaba ocurriendo durante la persecución, y sobre el valor de los mártires y de quienes sufrían diversidad de presiones y tormentos, escribiéndole de este modo:

La gravedad de las circunstancias hace que no concedamos temerariamente la paz [o sea la absolución] a los lapsos. Mas convenía escribiros sobre los que habiendo sacrificado antes, han sido puestos nuevamente a prueba y han sido desterrados: me parece que ya han lavado el primer delito, al abandonar sus haciendas y sus casas, y seguir a Cristo, haciendo penitencia. Así pues, Félix, que bajo las órdenes de Décimo servía a la comunidad de los presbíteros, próximo a mí en la cárcel (llegué a conocer plenamente al mismo Félix), igual que su mu-jer Victoria, y Lucio exiliados por ser fieles, abandonaron sus haciendas, las cuales ahora posee el fisco. Asimismo, durante la persecución, por el mismo motivo, una mujer de nombre Bona, que fue arrastrada por su marido para que sacrificara, y que consciente de no haber cometido falta (aunque, sujetándole las manos, ofrecieron ellos mismos

²⁴ *Ibid.*, Carta 28, 2, 4, p. 137.

el sacrificio) empezó por sí misma a protestar en contra «Yo no lo he hecho, vosotros lo hicisteis», también fue desterrada²⁵.

La firmeza y valentía de los mártires y confesores se manifestaba también en las mujeres e incluso en los niños, como lo manifiesta Cipriano en carta a Sergio y Rogaciano y a otros confesores de la fe, diciendo:

Dichosas también las mujeres que participan de la gloria de vuestra confesión y se mantienen fieles al Señor y, mostrándose más fuertes de lo que suele creerse de su sexo, no sólo están próximas a recibir la corona ellas mismas, sino que han dado además a las otras mujeres ejemplo con su constancia. Y para que nada faltase a la gloria de vuestro grupo, para que toda edad y sexo tuviese el mismo honor que vosotros, la divina bondad asoció incluso a niños a la gloria de vuestra confesión, representándonos algo parecido a lo que en otro tiempo realizaron los ilustres Ananías, Azarías y Misael (cf *Dan* 3, 16-18)²⁶.

Los presbíteros Moisés, Máximo, Nicóstrato y Rufino respondiendo a una carta con la que dan respuesta a otra de Cipriano y le manifiestan su gratitud por el cuidado que tenía de ellos y de los demás detenidos. En ella dan testimonio del espíritu valeroso con el que se disponen al martirio y soportan con paciencia los sufrimientos con que son atormentados. En consecuencia afirman que por concesión divina el que sufre el martirio ha venido a ser juez de su propio juez, haber sacado una conciencia limpia gracias a la confesión del nombre de Cristo; no haberse sometido a unas sacrílegas leyes humanas en contra de la fe; haber testificado públicamente la verdad; muriendo haber sometido a la muerte misma, que es temida por todos; haber conseguido la inmortalidad a través de la misma muerte; desgarrado y dislocado con toda clase de instrumentos de残酷, haber superado los tormentos mediante los mismos tormentos; haber resistido con la fortaleza del espíritu a todos los dolores de un cuerpo despedazado: no haberse horrorizado al ver correr la propia sangre; amar sus propios suplicios

²⁵ *Ibid.*, Carta 24, 1, 1-2, pp. 127-128.

²⁶ *Ibid.*, Carta 6, 3, p. 72.

después de confesar la fe; considerar una pérdida para su propia vida el haber sobrevivido²⁷.

Otro motivo de intenso dolor para los que estaban en las cárceles era el conocer determinados casos de personas que por temor habían caído en apostasía con un acto de culto idolátrico, como aparece en la carta de Celerino a Luciano, en la que le recomienda a dos hermanas suyas, Numeria y Cándida, diciéndole:

Con todo, debes saber que me encuentro en una gran tribulación, y que me acuerdo de nuestro antiguo afecto día y noche, como si estuvieras conmigo. Sólo Dios lo sabe. Y por tanto te ruego que accedas a mi deseo y te conduelas conmigo en la muerte [espiritual] de una hermana mía, que en este estrago se ha perdido para Cristo. Ha sacrificado e irritado a nuestro Señor, esto nos parece evidente. Por su acción yo he pasado llorando, en cilicio y en ceniza el día alegre de la Pascua, y así continúo hasta hoy, hasta que el auxilio de nuestro Señor Jesucristo y su piedad ponga remedio a tan lamentable naufragio, por intercesión de mis señores que ya fueron coronados y de los cuales has de implorarlo. [Primero habla de una hermana, pero después precisa que son dos, y pone los nombres de ambas]²⁸.

No debemos olvidar que la fortaleza de quienes mueren por mantener su fidelidad al Señor proviene de lo alto del cielo, como lo anuncia san Cipriano a los cristianos de Tibaris diciéndoles: «Cristo contempla a su soldado en todas partes en donde luche y concede el premio que prometió que daría en la resurrección a quien muere por causa de la persecución y por glorificar su santo nombre»²⁹.

Honra y gloria de los mártires

Desde tiempo atrás el cristianismo en África había tenido la experiencia del martirio que había commovido profundamente a los fieles, siendo muy conocidos los casos de un grupo de doce personas, hom-

²⁷ *Ibid.*, Carta 31, 3, p. 150.

²⁸ *Ibid.*, Carta 21, 2, 1-2, pp. 121-122.

²⁹ *Ibid.*, Carta 58, 4, 2, p. 249.

bre y mujeres de condición sencilla que dieron un precioso testimonio de su fe ante el procónsul Saturnino, por lo cual fueron degollados en el año 183. Se conocen los nombres de cada uno, pero en conjunto se les designa como los mártires escilitanos por el nombre de la población llamada *Scillium*, con la cual de algún modo aparecen vinculados. Otro martirio muy impresionante en el año 203 es el de las santas Perpetua y Felicidad con cuatro catecúmenos más; cuyo relato fue compuesto con apuntes de la propia Perpetua y por la extensa relación de otro autor contemporáneo.

Los testimonios martiriales influyeron favorablemente en la muy amplia propagación de la fe cristiana en el norte de África, tal como se deduce de los numerosos obispados existentes en la zona, y de los reveladores escritos de Tertuliano y de san Cipriano. Aunque el estado de tranquilidad, en cuanto a la disminución de la violencia persecutoria durante la primera mitad del siglo tercero, pudo contribuir a que descendiera un tanto el fervor de los cristianos, no hay duda de que casi todos los lapsos mostraran su arrepentimiento y ansiaran la absolución de falta de firmeza durante la inesperada persecución del emperador Decio. Sin duda que el heroísmo de muchos mártires y confesores de la fe, junto con las enseñanzas y la fecunda acción pastoral de los obispos y especialmente de san Cipriano en su cátedra primada de Cartago, hicieron que en graves pruebas que posteriormente surgieron y que dieron lugar a la que se ha designado como la «era de los mártires», en la cual fueran muchos los que dieron este supremo testimonio en África.

Las muchas y fervientes alabanzas sobre el martirio que aparecen en las cartas y escritos de san Cipriano, como también lo sería después su glorioso martirio, constituyen un tesoro de la doctrina cristiana sobre el martirio. Veamos a continuación algunos de sus muy valiosos textos en alabanza de los mártires. Aquellos mismos que estaban encarcelados sufriendo graves torturas y veían ya muy posible y cercano el destino del martirio, manifiestan a Cipriano su gratitud por infundirles ánimos al recordarles la gloria y dignidad del martirio cristiano. Así se lo expresan Moisés y otros presbíteros junto con los restantes confesores de la fe en una carta en la que le dicen:

Así pues, hemos recibido –lo diremos una vez más–, hermano Cipriano, un gran gozo, un intenso consuelo y un vivo estímulo, sobre

todo porque has dedicado entusiastas y merecidos elogios, no diré a la muerte gloriosa sino a la inmortalidad de los mártires. Con tales acentos, en efecto, debieron celebrarse tales muertes, contando lo que se narraba tal como sucedió. Por tanto, a través de tu carta hemos visto los gloriosos triunfos de los mártires y, en cierta manera, con nuestros propios ojos los hemos acompañado en su subida al cielo y casi les hemos contemplado puestos en medio de los ángeles, de las potestades y de las dominaciones celestiales. Pero en cierto modo hasta hemos percibido con nuestros propios oídos cómo el Señor daba manifiestamente de ellos ante su Padre el testimonio prometido. Esto es, pues, lo que día tras día nos levanta el ánimo y nos inflama en deseos de conseguir tan altos grados de gloria³⁰.

Singular y excelente motivo para la gloria de los mártires y que toda la Iglesia ha de reconocer y proclamar es su vinculación con Cristo que contempla y promueve su triunfo. Cipriano en una hermosa carta dirigida a los mártires y confesores se expresa con estos preciosos elogios y profundas consideraciones espirituales:

Exulto de alegría, hermanos, valerosísimos y muy dichosos, y os felicito, una vez sabidas vuestra fidelidad y valentía, de la que se gloría la madre Iglesia, ella que hace poco, ciertamente, estaba también orgullosa de la pena que, por vuestra persistente confesión, convirtió en desterrados a los confesores de Cristo. Pero la confesión actual es tanto más gloriosa y honorífica cuanto más fuerte es la tribulación: se ha intensificado el combate, también se ha engrandecido la gloria de los combatientes. Y no os habéis alejado de la lucha por miedo a los tormentos, sino que por los mismos tormentos os habéis sentido más impelidos al campo de combate, y fuertes y valerosos, volvisteis a la lucha con generosa valentía para la más grande de las pruebas. He sabido que algunos de entre vosotros han sido ya coronados, que algunos, asimismo, se hallan próximos a la corona de la victoria, y que todos, en fin, los que, formando un escuadrón glorioso, sufrieron la estrechez de la cárcel, están animados por el calor de la misma valentía a librar el combate como han de estar en el campamento divino los soldados de Cristo, de modo que ni los halagos seduzcan la firmeza inquebran-

³⁰ *Ibid.*, Carta 31, 2, 1-2, p. 149.

table de la fe, ni les asusten las amenazas, ni les venzan los suplicios y tormentos, porque es más el que está dentro de nosotros que el que está en este mundo, y no tiene mayor fuerza para abatir el castigo terreno que la protección divina para reanimar³¹.

No cesaba Cipriano de multiplicar sus expresiones de gloria y admiración ante los dones de fidelidad y valentía con los que la gracia de Dios fortalecía a los mártires cuyo testimonio resultaba fecundo para la Iglesia. Todo ello le hace exclamar:

Por consiguiente, ¿con qué elogios os ensalzaré, valerosísimos hermanos? ¿con qué palabras elocuentes exaltaré la fortaleza de vuestros sentimientos y la perseverancia de vuestra fe? Habéis tolerado hasta alcanzar el ápice de lo gloria la más dura tortura, y no os doblegasteis a los suplicios, sino que más bien los tormentos cedieron ante vosotros. Las coronas de la victoria proporcionaron a vuestros sufrimientos el final que no les daban los instrumentos de tortura. Una carnicería más cruel se prolongó, no para doblegar la fidelidad constante, sino para enviar más deprisa a los hombres de Dios hasta el Señor³².

El aspecto que más quiere destacar Cipriano en sus elogios de los mártires es la presencia de Cristo junto a quienes el supremo testimonio de la fe y que en ellos es Cristo el que triunfa. Con estas exultantes palabras lo expresa en la misma carta:

¡Qué gozoso estuvo allí Cristo, qué a gusto luchó y venció en estos servidores tuyos, protegiendo su fe, y dando a los creyentes tanto cuanto el que recibe cree recibir! Estuvo presente en aquel combate en su honor; alentó, sostuvo y robusteció a los que luchaban y glorificaban su nombre. Y quien venció una vez a la muerte por nosotros, siempre sale triunfante en nosotros. «Cuando os entregaren –dice– no penséis qué vais a decir. Puesto que no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla por vosotros» (*Mt 10,19-20*)³³.

³¹ *Ibid.*, Carta 10, 1, 1-2, pp. 80-81.

³² *Ibid.*, Carta 10, 2, 1-2, pp. 81-82.

³³ *Ibid.*, Carta 10, 3, 1, pp. 82-83.

Uno de los elogios más encendidos y exultantes del obispo Cipriano al considerar y evaluar el espectáculo del sacrificio y la fidelidad de los mártires es el que hallamos en la carta dirigida a los fieles de Tíbaris, cuando se ve ya inminente la persecución en la que el propio autor de la carta se siente implicado, y a fin de que se dispongan al combate con fe y valor, y poniendo la esperanza en el cielo como recompensa del martirio, les exhorta con palabras llenas de admiración y de confianza en el triunfo de Cristo que les asiste fervientemente:

He aquí una lucha sublime y grandiosa y, por el premio de la corona celestial, gloriosa, en la que nos contempla Dios mientras combatimos y, mirando a los que se dignó hacer hijos suyos, disfruta con el espectáculo de nuestra lucha. Cuando luchamos, cuando combatimos en las batallas de la fe nos contempla Dios, nos contemplan los ángeles, nos contempla también Cristo. ¡Qué dignidad tan grande y tan gloriosa, qué felicidad es combatir teniendo a Dios por presidente del espectáculo, y recibir la corona conquistada teniendo por juez a Cristo! Armémonos, hermanos amadísimos, con todas nuestras fuerzas y preparémonos a la lucha con un alma pura, con una fe entera y con un valor ferviente. ¡Adelante los ejércitos de Dios hacia la batalla que se nos declara! Ármense los que se han mantenido fieles, para que el fiel no pierda lo que hasta ahora ha mantenido. Que se armen también los lapsos, para que también él lapso recupere lo que perdió. A los fieles ánimeles al combate el honor y a los lapsos el dolor³⁴.

San Cipriano consideraba casi a la misma altura de los mártires, a los confesores de la fe, que estaban sosteniendo con paciencia y fervor tremendas torturas y desgarros, aunque salvaron sus vidas al reblandecerse el ímpetu persecutorio o por otros diversos medios, sin faltar al deber de fidelidad a Dios perseverando en su adhesión a Cristo y a la Iglesia y llevando muchos de ellos en sus cuerpos las secuelas físicas de sus padecimientos. Así lo expresa el santo obispo de Cartago en su tratado *De lapsis*:

Con alegres ojos contemplamos a los confesores, claros por el pregón de su buen nombre y gloriosos por las hazañas de su valor y fi-

³⁴ *Ibid.*, Carta 58, 8, 1-2, pp. 253-254.

delidad, y, pegándonos a ellos con santos ósculos, a los que por tanto tiempo echábamos de menos, los abrazamos con divina e insaciable gana. Aquí está la blanca cohorte de los soldaos de Cristo, los que rompieron la ferocidad turbulenta de la persecución en todo su todo su apremio, preparados a soportar la cárcel, armados a sufrir la misma muerte. Luchasteis valerosamente contra el mundo, disteis a Dios un espectáculo glorioso, os convertisteis en ejemplo para los hermanos por venir. La voz religiosa proclamó a Cristo, en quien una vez confesó creer; las ilustres manos, que sólo se ejercitaron en obras divinas, resistieron a los sacrílegos sacrificios; las bocas santificadas con la celeste comida después de gustar el cuerpo y la sangre del Señor rechazaron los profanos contactos y los restos de los sacrificios a los ídolos. Vuestra cabeza permaneció libre del impío y criminal velo, con que allí se cubrían las cautivas cabezas de los sacrificantes. La frente pura con la señal de Dios no pudo llevar la corona del diablo, sino que se reservó para la corona del Señor³⁵.

Aunque puedan parecernos un tanto desmedidas las expresiones de que se vale san Cipriano en su tratado sobre los casos de apostasía de quienes en la persecución de Decio ofrecieron sacrificios a los ídolos o lo simularon alcanzando falsas pruebas de haberlo hecho, hemos de tener en cuenta que entre los cristianos se habían dado unas destacables actitudes de cobardía y falta de firmeza en el mantenimiento de la profesión de fe. En consecuencia, el celo de Cipriano y del episcopado en general obtuvo un notable fortalecimiento en la fe, especialmente en África, de modo que no faltaron los ejemplos de muchos mártires y confesores de la fe, y lo mismo se demostraría también en las futuras persecuciones, sobre todo en la de Diocleciano muy general y en la que fue extraordinario e innumerable el número de mártires y confesores de la fe.

El mismo Cipriano, cuyo martirio sería una preciosa e impresionante muestra de fe y de fervor del pueblo, ya en su tratado *De lapsis*, da testimonio de la misericordia de la Iglesia y de la fidelidad de muchos cristianos durante la persecución de Decio, y dirigiéndose a los confesores de la fe y a los que se han mantenido fieles en ella, les dice:

³⁵ SAN CIPRIANO, «Tratado *De lapsis*», cap. 2º, RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires*, Madrid 1951. BAC 75, p. 563.

¡Cuán alegre os recibe en su seno la madre Iglesia a vuestra vuelta de la guerra! ¡Qué feliz, qué gozosa os abre sus puertas, para que en formados escuadrones entréis con los trofeos que traéis del enemigo derrotado! Con los varones triunfantes vienen también las mujeres que, juntamente con el mundo, vencieron a su sexo. Vienen también, doblada la gloria de su milicia, las vírgenes y los niños que con sus actos de valentía han traspasado sus años. Por fin, sigue a vuestra gloria toda la otra muchedumbre de los en pie, que va pisando vuestras huellas con muy cercanas y casi juntas señales de alabanza. La misma sinceridad de corazón hubo en ellos, la misma integridad de tenaz fidelidad. Agarrados a las incommovibles raíces de los preceptos celestes y fortalecidos por las tradiciones evangélicas, no fueron capaces de espantarlos ni los destierros prescritos, ni los tormentos señalados, ni los daños de la hacienda ni los suplicios de su cuerpo. Se señalaban días para examinar la fe de cada uno; mas quién recuerda que ha renunciado al siglo, no reconoce ningún día del siglo, ni computa ya los tiempos terrenos quien espera de Dios la eternidad³⁶.

El honor con qué la Iglesia cuidaba de distinguir a los testigos de la fe, lo expresa también Cipriano al incorporar en el clero a Celerino y Aurelio, como lectores en las celebraciones litúrgicas. De Celerino, al cual ya se ha mencionado al tratar de los sufrimientos en las cárceles, al reconocer sus méritos, dice Cipriano:

Encerrado durante diecinueve días en la cárcel, estuvo sometido al cepo y a los grilletes. Mas, sometido el cuerpo a las ataduras, su espíritu permaneció sin cadenas y libre. Su carne enflaqueció por la propagación del hambre y de la sed, pero Dios nutrió con alimentos espirituales el alma, que vive de la fe y del valor. Yaciendo rodeado de tormentos, ha sido más fuerte que sus sufrimientos; encerrado ha sido más grande que sus carceleros; echado en el suelo, más alto que los que estaban de pie; maniatado, más firme que los que le encadenaban; juzgado, más sublime que sus jueces, y, aunque sus pies habían sido cogidos en el cepo, la serpiente, aun armada con el casco, ha sido aplastada y vencida. Brillan en su cuerpo glorioso las señales claras de sus heridas, en sus nervios y en sus miembros consumidos a causa

³⁶ *Ibid.*, id. p. 564.

de la larga miseria, se advierten y sobresalen marcadas huellas. Son cosas importantes y admirables las que la comunidad fraterna puede escuchar respecto de sus virtudes y méritos. Y caso de que existiere algún Tomás que no dé *crédito* a sus oídos, tampoco falta la fidelidad de sus ojos a fin de que cualquiera pueda ver lo que oye. En este siervo de Dios fue la gloria de las heridas la que concedió la victoria, la gloria la mantiene el recuerdo de las cicatrices³⁷.

Una intensa y fecunda admiración por los méritos y la gloria de los mártires se fue expandiendo a partir del tiempo de las persecuciones del Imperio romano. A ello contribuyó espacialmente san Cipriano; pero ya Tertuliano la había manifestado en varias de sus obras. En la titulada *El escorpión* dejó escrito este comentario: «Por lo demás, era necesario que todo confesor y adorador de Dios padeciese cuando, incitado al culto de los ídolos, negase someterse; y esto según aquella inteligencia que exigía recomendar la verdad a los presentes y también a los que vendrían después. Así esta verdad daba confianza y garantía al padecimiento de sus defensores, ya que nadie querría morir en vano, sino como poseedor de la verdad. Tales preceptos y ejemplos, ocurridos desde el comienzo, muestran que la fe es deudora del martirio»³⁸.

El eminentísimo historiador Ludwig Hertling tratando del concilio de Nicea afirma que «entre los obispos asistentes al concilio, había muchos que aún ostentaban en su cuerpo las cicatrices de los tormentos»³⁹. Sócrates de Constantinopla, historiador de la Iglesia en el siglo quinto, menciona también la presencia en el mismo concilio de «laicos confessores», o sea, fieles que en tiempo de persecución había dado con sufrimientos testimonio de la fe⁴⁰.

Una carta en la que Cipriano revela también su admiración hacia los mártires y confessores de la fe. En ella se dirige al presbítero u obispo Lucio, que, en la persecución del emperador Gallus, fue desterrado junto con el papa Cornelio y padeció mucho sufrimiento y que, libera-

³⁷ *Cartas de san Cipriano, cit.*, Carta 39, 2, 2-3, pp. 173-174.

³⁸ TERTULIANO, «El escorpión», cap. 8º, 8: *Ciudad Nueva* BPa 61, p. 123.

³⁹ HERTLING, L., *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1961, p. 95.0

⁴⁰ SÓCRATES DE CONSTANTINOPLA, *Historia de la Iglesia /1*, libro I, 8, 15: BPa 106, p. 59.

do unos dos años después, fue elegido papa. Le expresa su felicitación con estos términos:

Ahora volveremos a felicitarte tanto a ti como a tus compañeros y a toda la comunidad fraterna porque la bondad del Señor y su continua protección os ha hecho volver de nuevo a los suyos con la misma gloria y honor, haciendo que el pastor volviese a apacentar el rebaño, el timonel a gobernar la nave y el jefe a regir el pueblo, y se viese claramente que vuestro destierro fue consentido por Dios no para que le faltase a la Iglesia su obispo desterrado y exiliado sino para que volviese más glorioso a ella. No fue menor el mérito de los tres jóvenes porque saliesen sanos y salvos del horno de fuego, burlada la muerte; ni Daniel al no ser devorado dejó de ser digno de alabanza porque, habiendo sido lanzado como presa a los leones, vivió por la protección del Señor para ser glorificado. En los confesores de Cristo, el aplazamiento del martirio no mengua el mérito de la confesión, sino que es una manifestación de las maravillas de la protección divina⁴¹.

Testimonios de gratitud a san Cipriano

Numerosas son las expresiones de gratitud dirigidas a Cipriano que aparecen en su epistolario. Una de las más expresivas es la que le dirigen Nemesiano, junto con otros obispos de Numidia condenados a trabajos en las minas, o a otras labores forzadas, después de haber sufrido torturas y dolores en cárceles o en interrogatorios. Nemesiano, en nombre de todos sus compañeros de confinamiento, se expresa con estas palabras llenas de gratitud y admiración hacia el obispo de Cartago:

Siempre en tus cartas, amadísimo Cipriano, has hablado con gran sentido y muy de acuerdo con las circunstancias. Con tus tratados sobre los misterios ocultos los misterios ocultos, a nosotros nos haces crecer en la fe y a los hombres del mundo se la comunicas. Con todo lo bueno que pusiste en tus libros, sin que te dieses cuenta te has retratado ante nosotros. Pues los hombres en la manera de razonar, más elocuente en el discurso, más prudente en las reflexiones, más llano en la sabiduría, más generoso en las buenas obras, más santo por la morti-

⁴¹ *Cartas de san Cipriano*, cit., Carta 61, 1, 1-2; 2, 1-2, pp. 5284-285.

ficación, más humilde en el servicio, y más intachable en la buena conducta. Ya sabes, queridísimo, que nuestro mejor deseo es verte a ti, que nos enseñas y nos amas, conseguir la corona de la gran confesión⁴².

Es estas últimas palabras se pone de manifiesto, que ellos conocen que Cipriano por orden del procónsul Aspasio Paterno había sido apartado de su sede de Cartago y confinado en una pequeña localidad de un lugar desértico, y que a no tardar podría sufrir el martirio. Le añaden estas palabras de ferviente despedida y gratitud por sus enseñanzas espirituales y por los auxilios que para su sustento les ha remitido:

Por este motivo todos los que están condenados con nosotros te dan muchísimas gracias en la presencia de Dios, Cipriano carísimo, porque has reanimado con tu carta los corazones afligidos, has curado los miembros heridos por los azotes, has liberado los pies prisioneros de los grilletes, has poblado de cabellos las cabezas medio rapadas, has iluminado la tinieblas de la cárcel, has allanado las montañas de las minas, has hecho llegar fragancia de flores a nuestra nariz y has disipado el olor repugnante del humo. [...] Ayudémonos, pues, mutuamente con nuestras oraciones y roguemos, según tu encargo para que Dios, Cristo y los ángeles sean nuestros protectores en todos nuestros actos. Deseamos, señor y hermano, que tengas siempre buena salud y te acuerdes de nosotros. Saluda a todos los que están contigo. Todos los nuestros que están con nosotros te aman, te saludan y desean verte⁴³.

El presbítero Moisés junto con otros confesores de la fe, agradecen a Cipriano especialmente los ánimos que les ha infundido, por lo cual le dicen: «No es menos digno del premio del martirio el que ha exhortado a otros que el que lo ha sufrido; no es menos digno de alabanza quien ha enseñado a hacer una cosa que el que además la hizo»⁴⁴. Y en realidad, por ambos conceptos ha brillado la gloria de san Cipriano: por sus luminosas enseñanzas sobre el martirio y por haberlo él sufrido de un modo muy eminente ante la presencia y la admiración de su pueblo.

⁴² *Ibid.*, Carta 77, 1, 1-2, pp. 421-422.

⁴³ *Ibid.*, Carta 77, 3, 1-3, pp. 422-423.

⁴⁴ *Ibid.*, Carta 31, 1, 3., p. 148.

La persecución de Valeriano

Este emperador, de la dinastía de los Severos, al principio de su mandato se había mostrado tolerante con los cristianos, que no faltaban entre los empleados de la administración imperial y eran reconocidos como tales. Pero Valeriano cambió de táctica en agosto del año 257, seguramente por instigación de su ministro Macriano, muy vinculado a los cultos mistéricos orientales incompatibles con el cristianismo, y que además deseaba sanear la quebrantada economía del Imperio incutiéndose de los bienes de la Iglesia y de las propiedades de los fieles que se negaran a renunciar al cristianismo.

El primer decreto persecutorio promulgado en agosto de dicho año 257 se imponía la pena de destierro de los obispos y sus colaboradores, con lo cual se pretendía privar a la Iglesia de sus dirigentes, y además se prohibía las reuniones de culto y las visitas a los cementerios que poseían los cristianos. Un segundo edicto más riguroso se promulgó en el siguiente año, 258, que penaba a los obispos y miembros del clero con la muerte y a los laicos con el exilio e incautación de sus bienes.

A raíz de estas disposiciones resultaron ser muy numerosos los martirios de obispos y de sus colaboradores más cercanos que eran los diáconos. Así resulta que se recogieron testimonios y actas martiriales siendo muy famosos y venerados ciertos mártires de esta persecución. En Roma, el 6 de agosto de dicho año, fue martirizado el papa Sixto II y poco después sus diáconos, entre los cuales el día 10 fue quemado a fuego lento sobre una parrilla san Lorenzo, muy apreciado por sus obras de caridad con los menesterosos, de todo lo cual habla san Ambrosio en su predicación. El poeta hispano-romano Prudencio considera el martirio de san Lorenzo como el indicio de la victoria de la fe cristiana sobre la idolatría pagana (*Mors illa Sancti Martyris / mors vera templorum fuit*)⁴⁵. Igualmente, fue muy celebrado el martirio en Tarragona del obispo Fructuoso y de sus diáconos Eulogio y Augurio que el mismo poeta ensalza como «triple honor y gloria trifforme» que en gran manera enaltecería a dicha ciudad (*O triplex honor, o trifforme culmen*)⁴⁶.

⁴⁵ *Peristephanon*, himno 2, vers. 509-510: BAC 58, p. 516.

⁴⁶ *Ibid.*, himno 6, vers. 142.

En el África Proconsular y Numidia, la persecución de Valeriano, quizá por el carácter de los gobernadores, se manifestó con especial violencia. Fueron numerosos los grupos de clérigos y laicos que fueron martirizados junto con sus obispos. San Agustín haría referencia a ellos en sus sermones al pueblo mencionando a algunos de ese tiempo, como son Cuadrado obispo de Útica, cerca de Cartago, quien como buen pastor supo dirigir acertadamente a sus fieles y encabezó un grupo numeroso de mártires, a los cuales por desconocerse sus nombres se los venera con el nombre de «Masa Cándida». También menciona a uno de sus antecesores en la sede de Hipona, el mártir Teógenes contemporáneo de Cipriano, que murió al frente de treinta y tres mártires. También en la misma persecución de Valeriano menciona san Agustín a Mariano que ejercía el ministerio de lector y a Jacobo que era diácono, ambos con un grupo de fieles de Numidia. Pero ciertamente que la figura más egregia y significativa es la de san Cipriano de cuyas enseñanzas estamos tratando y de cuyo glorioso martirio trataremos a continuación.

El precioso testimonio martirial de san Cipriano

El 30 de agosto del año 357, el obispo Cipriano fue llevado al pretorio de Cartago, donde el procónsul Aspasio Paterno inició el proceso que, según el decreto imperial, debía ponerse en marcha sobre la persona del obispo, a quien se dirigió la pregunta formal, en estos términos: «Los sacratísimos emperadores Valeriano y Galieno se han dignado enviarme una carta con la que ordenan que aquellos que no practican la religión romana, tienen que reconocer las ceremonias romanas. Por tanto, indagué sobre ti: ¿qué dices a esto? El obispo Cipriano dijo: Soy cristiano y obispo; no conozco otros dioses sino el único y verdadero Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos. A este Dios servimos los cristianos, a éste pedimos, día y noche por nosotros, por todos los hombres y por la incolumnidad de los mismos emperadores. Paterno el procónsul dijo: ¿Y perseveras en tu voluntad? Cipriano dijo: La buena voluntad, la que conoce a Dios, no puede cambiar. El procónsul Paterno dijo: Según el edicto de Valeriano y Galieno, ¿podrías desplazarte como desterrado a la ciudad de Curubis? Cipriano obispo dijo: Iré»⁴⁷.

⁴⁷ «Pasión de san Cipriano», 1, 1-3: en *Actas latinas de mártires africanos*, Ciudad Nueva FuP 22, 147.

Cipriano se dispuso a cumplir la orden de destierro a esa población situada en una región casi desierta, sin atenerse a las insinuaciones de esconderse que le hacían algunas personas que le apreciaban como nos lo manifiesta su diácono Poncio en la *Vita Cypriani*, diciendo: «Ya había llegado de Roma la noticia del martirio de Sixto, obispo santo y amigo de la paz, y por ello mártir beatísimo. De un momento a otro se esperaba la llegada del verdugo que hiriera aquel cuello votado a la muerte como víctima santísima; y así aquellos días, por la diaria expectación de la muerte, puede decirse constituían cada uno una corona del martirio. Entretanto, muchos hombres distinguidos, por su posición y por su sangre, con sus títulos de egregios y clarísimos y otros de la más alta nobleza del siglo, venían a verle y llevados de la antigua amistad, que con el obispo les ligaba, trataban de persuadirle que buscara todavía un escondite, y para que no se quedara todo en palabras, le ofrecían lugares concretos a que pudiera retirarse. Pero él, que tenía su alma colgada del cielo, había ya despreciado el mundo y no hacía caso alguno de halagüeñas persuasiones⁴⁸.

Permanecerá el santo unas semanas en esta localidad en espera y de la muerte que según ordenaban los decretos imperiales le estaba destinada. Al fin se escondió cuando supo que iban a buscarle para conducirle a Útica, para sufrir allí el martirio. El motivo de esta actitud no era el temor a la muerte, sino su voluntad de que el martirio tuviera lugar en su sede episcopal de Cartago y a la vista de los fieles cristianos y demás ciudadanos, de manera que su precioso testimonio de fe se realizara en su ciudad que era como la cabeza de la ya muy extendida cristiandad africana. De ello da razón en una serena e impresionante carta que dirige a los presbíteros, a los diáconos y a todo el pueblo, exponiendo los acontecimientos que le afectan y su modo de actuar al prever ya la proximidad de su martirio:

Habiendo llegado a mi conocimiento, queridísimos hermanos, que habían sido enviados unos frumentarios [agentes de policía] para conducirme a Útica, y habiéndome aconsejado unos amigos muy queridos que me alejase por ahora de mis jardines, he consentido en ello al haber una justa causa, la de convenir que un obispo confiese al Señor en

⁴⁸ *Vita Cypriani*, 14: BAC 75, pp. 743-744.

aquella ciudad en la que es prelado de la Iglesia del Señor, y que todo el pueblo sea glorificado con la confesión de quien entonces es su prelado. Pues todo lo que dice un obispo confesor de la fe en el momento mismo de su confesión lo dice, por inspiración de Dios, en nombre de todos. Además, se mermará el honor de nuestra Iglesia gloriosísima si yo, que soy obispo puesto al frente de otra Iglesia, al haber recibido en la ciudad de Útica la sentencia de mi confesión de fe, voy desde allí mártir a la presencia del Señor, cuando yo, no sólo por mí mismo sino también por vosotros, pido con incessantes oraciones y deseo, como debo desecharlo, con toda mi alma, confesar mi fe entre vosotros y ahí padecer y desde ahí irme con el Señor⁴⁹.

Según parece, había pasado más de un año desde el primer interrogatorio hecho al obispo Cipriano, el cual con legal autorización al fin estaba residiendo en las huertas que habían sido de su propiedad. Entretanto el procónsul Aspasio Paterno fue sustituido en el cargo por Galerio Máximo, quien a mediados de septiembre del año 258 dio orden de que el obispo fuera conducido a Cartago para ultimar el proceso iniciado. El día 13 de dicho mes dos oficiales del servicio del procónsul se presentaron en donde residía Cipriano a fin de conducirlo a Cartago. «Lo hicieron montar en un coche, lo pusieron entre ambos, y lo llevaron al campo de Sexto, donde el mismo Galerio Máximo se había retirado con objeto de recuperar su salud. El mismo procónsul, Galerio Máximo ordenó que reservasen a Cipriano para el día siguiente. Entonces el bienaventurado Cipriano fue llevado al señor, es decir, al oficial del despacho del procónsul Galerio Máximo, y se retiró permaneciendo con éste como huésped». Y estando allí en la calle que llaman de Saturno, entre la de Venus y Salutaria, permaneció allí, ante la puerta todo el pueblo de los hermanos. Cuando Cipriano se dio cuenta, ordenó custodiar a las muchachas, porque todos permanecieron en la calle ante la puerta del lugar en que era huésped de aquel señor⁵⁰.

De los relatos de la Pasión de san Cipriano, se desprende que debieron transcurrir algunos días bien sean en el viaje o en el hospedaje del obispo Cipriano en la casa del oficial, hasta que se llevó a cabo esa

⁴⁹ *Cartas de san Cipriano*, 81, 1, 1-2: pp. 428-429.

⁵⁰ «Pasión de san Cipriano», Segunda recensión, 2, 3-5: FuP 22, pp. 155-157.

vigilia de los cristianos en la calle el día anterior al del martirio, que según la tradición constante, fue 14 de septiembre. El breve proceso del mártir ante el procónsul se distingue por la serenidad de Cipriano en sus respuestas bien expresivas de su valor y serenidad. El fiel relato lo expresa así:

Al día siguiente, 14 de septiembre, por la mañana, se reunió una gran multitud en el campo de Sexto, según el precepto de Galerio Máximo, el procónsul. Entonces, el mismo procónsul Galerio Máximo, ese mismo día, ordenó que le trajesen a Cipriano al atrio Sauciolo donde estaba sentado. Presentado éste, el mismo Galerio Máximo el procónsul dijo al obispo Cipriano: ¿Tú eres Thascio, también llamado Cipriano? Cipriano respondió: En persona. Y el procónsul dijo: Los sacratísimos emperadores te han ordenado que sacrificues. San Cipriano respondió: No lo haré. Galerio Máximo, el procónsul, dijo: Recapacita. Cipriano obispo respondió: Haz lo que te han ordenado. En asunto tan justo no hay deliberación. Galerio Máximo, el procónsul, deliberó con su consejo la sentencia, y de mala gana y con poca fuerza dijo: Mucho has vivido sacrílegamente y has congregado muchos hombres en una conspiración nefanda, constituyéndote en enemigo de los dioses romanos y de los sagrados ritos. Y ni los piadosos y sacratísimos príncipes vuestros Valeriano y Galieno, augustos, y Valeriano, nobilísimo césar, pudieron traerte de nuevo a la práctica de sus ceremonias. Por tanto, puesto que eres declarado autor y portaestandarte de tan perverso crimen, como ejemplo para los que agregaste a tu crimen, con tu misma sangre se sancionará la ley. Y leyó el decreto de la tablilla: Nos parece conveniente condenar a muerte a Thasio Cipriano. El obispo Cipriano dijo: Gracias a Dios⁵¹.

Una vez que sin tardar mucho se hubo proclamado la sentencia, la gente del pueblo cristiano allí reunida experimentó una intensa emoción que se manifestó colectivamente. El relato de la Pasión del obispo Cipriano describe así esta reacción espontánea del público: «Tras su sentencia, el pueblo de los hermanos decía: “¡Que nos decapiten también a nosotros!”. Por eso surgió un tumulto entre los hermanos y una multitud lo seguía. Y así Cipriano fue llevado al campo de Sexto,

⁵¹ *Ibid.*, id., III 1-6: FuP 22, pp. 157-159.

detrás del pretorio, y allí se quitó el manto y lo extendió donde tenía que ponerse de rodillas en tierra; entonces se quitó la dalmática y la dio a los diáconos y se quedó sólo con la túnica y comenzó a esperar al verdugo. Cuando éste llegó, Cipriano ordenó a los suyos que le diesen veinticinco monedas de oro»⁵².

Resulta significativo tanto la generosidad del donativo establecido por el mártir hacia el verdugo, reconociendo generosidad divina de la muerte martirial, supremo testimonio de fe, como el número de las veinticinco monedas, cinco menos que las que recibió Judas por la entrega de Jesús, mostrándose así que el discípulo es menor que su maestro. A continuación, sigue el breve y sencillo, pero muy emotivo relato de la muerte gloriosa del obispo Cipriano, presenciado piadosamente por los fieles cristianos, como si un sublime acto litúrgico y de divina alabanza se estuviera realizando.

Los hermanos echaban ante él muchos lienzos y toallas. Cipriano se vendó los ojos con su propia mano. Puesto que no podía atarse las manos, Julián el presbítero y Julián el subdiácono lo ataron. Así padeció Cipriano y su cuerpo fue colocado en un lugar próximo a causa de la curiosidad de los paganos. Por la noche retiraron el cuerpo de allí. Lo transportaron con velas y antorchas al campo del procurador Macrobio Candidiano, que está en la calle Mappaliense junto a las albercas, y con gran alegría y algazara lo depositaron allí. Pocos días después murió Galerio Máximo, el procónsul⁵³.

Los detalles sobre el sepelio del mártir san Cipriano han dado lugar a explicaciones un tanto diversas. Lo cierto es que el ambiente que rodea esta muerte es muy diverso del que se produjo en otros anteriores martirios, como el de san Policarpo en Esmirna o el de Perpetua y Felicidad en la misma ciudad de Cartago, y en otras muchas ocasiones en que, aunque hubiera cristianos que lo presenciaban más o menos disimulados, predominaban horrendas crueidades y se voceaban insultos contra el cristianismo. En el caso de Cipriano todo se realizó con más sosiego y los fieles no temían manifestarse públicamente. No cabe

⁵² *Ibid.*, id., IV, 1: FuP 22, 159-161.

⁵³ *Ibid.*, id., IV, 2-3: PuP 22, p. 161.

duda de que los cristianos en el África proconsular eran más respetados y numerosos.

En estos acontecimientos, sin duda, habían influido el prestigio y el preclaro testimonio de fe, así como la labor pastoral del santo obispo de Cartago. Todavía, durante la gran persecución de principios del siglo cuarto, habría en el África proconsular y regiones vecinas una gran legión de mártires, de tal modo que san Agustín en una carta dirigida a los fieles de su diócesis de Hipona podría formular una pregunta en estilo retórico, pero fundada en una evidente realidad objetiva, diciendo: «¿Acaso no está también el África llena de cuerpos de los santos mártires?»⁵⁴.

La voz de san Agustín resuena siempre con gran amor y ferviente admiración en referencia a san Cipriano⁵⁵. He aquí, a modo de ejemplo, cómo se expresaba el obispo de Hipona predicando en Cartago, el 14 de septiembre, fecha del martirio: del santo: «En tan grata y devota solemnidad, vuestros oídos y corazones exigen de mí el sermón debido. Sin duda la Iglesia se sintió entonces triste, no porque se hubiese causado daño al mártir, sino por el deseo de retener consigo al que partía. Siempre deseó mantener presente a tan buen guía y doctor. Mas, a quienes había afligido la preocupación por el combate los consoló la corona del vencedor. Y ahora, leyendo y amando lo que entonces acaeció, lo recordamos no sólo sin tristeza, sino hasta con inmensa alegría»⁵⁶.

GUILLERMO PONS PONS

⁵⁴ *Cartas de san Agustín*, Carta 78, 3: BAC 69, 488.

⁵⁵ Cf. PONS, G., «Los mártires africanos y san Agustín», *Revista Agustiniana* 55 (2014) 1389-1395.

⁵⁶ *Sermón* 309, 1: BAC 448, p. 512.

